

sucristo, y Jesucristo no podía sancionar la diversidad doctrinal, el sí y el no; y además, porque es inmensa en sus principios y en sus consecuencias, y la inmensidad no puede ser sino una. Una debe, pues, ser la doctrina de *Dios*, como uno es *Dios*. La enseñanza de esta doctrina la confió Dios á la sociedad apostólica, y á la que le sucediera en el desarrollo de los siglos; es la sociedad que llamamos la Iglesia docente; el Sumo Pontífice la preside, como su oráculo infalible; los obispos, órganos directos del Espíritu Santo, constituyen su cuerpo; los sacerdotes, sus intermediarios para con el pueblo. Y los que la enseñan y los que la profesan constituyen la Iglesia católica, á la cual, ya antes de organizarla, el Espíritu Santo llamaba *toda pura, toda hermosa y sin mancha*; y de la cual ya á punto de abandonarla, decia Lutero: «Reconocemos que en el papismo se halla *la verdadera santa Escritura*. Preciso es le concedamos lo que le pertenece: en el Papismo está la palabra de «Dios, la mision apostólica, el verdadero Bautismo, «el verdadero Sacramento del altar, la verdadera clave para la remision de los pecados, el verdadero Catecismo... (1).»

Hé ahí una idea general de la gran diversidad de la doctrina católica, y de la sólida autoridad en que se funda, contenida en el pequeño Catecismo que ofrecemos, redactado por el sábio Obispo de Orleans.

Que el Catecismo, sublime como es, esté en manos de nuestros niños, cosa es que honra la sociedad cristiana, que enseña cosas tan incomprensibles á los pequeños; pero que no se halle en manos de los hombres maduros, es mas incomprensible que los misterios que enseña. En este punto la indiferencia es un tremendo misterio.

Loor al Obispo de Orleans, que ha empleado los cinco talentos que de Dios ha recibido, para beneficiarlos en pro de la fe, de la esperanza y de la caridad, de la que la doctrina católica es fecundísimo manantial.

(1) Lutero, tomo IV, edicion de Jena.

EL
CATECISMO CRISTIANO

ó

EXPOSICION DE LA DOCTRINA DE JESUCRISTO,

PRESENTADA Á LOS HOMBRES DE MUNDO,

SEGUIDA DE TRES CARTAS

SOBRE LA VIDA CRISTIANA,

POR LACORDAIRE.

Frecuentemente he encontrado en los hombres de mundo, por lo que atañe á la Religion, un obstáculo considerable, que les impide volver hácia nosotros, ó que les detiene cuando tratan de hacerlo: este obstáculo es lo poco que conocen el Cristianismo, y las dificultades que encuentran en instruirse en él.

No trato de quejarme aquí de este estado de cosas, por muy sensible que él sea. Sé bien las dificultades que ciertas almas, aun entre las mejores y las mejor formadas para estar con nosotros, encuentran hoy en el camino de la fe; y siempre me ha impresionado esta palabra de san Agustin, el gran convertido, á los herejes de su tiempo: «Que se irriten contra vosotros, «decia el célebre Doctor de la Iglesia, aquellos que no «saben con cuánto trabajo se encuentra la verdad, lo

«concibo perfectamente; pero yo, que no he podido «contemplar la verdadera luz, sino despues de sufrir «por mucho tiempo de una manera cruel las agitaciones del error, no puedo ser severo con vosotros.»

Yo doy gracias á Dios, por mi parte, por no haber experimentado jamás hácia los corazones sinceros, que la luz celestial no ha penetrado todavía, otro sentimiento que el de una simpatía tierna y dolorosa. Muchas son, en efecto, las causas que retienen hoy á los hombres de mundo en este alejamiento y esta ignorancia de la Religion que todos lamentamos.

La desgracia de los tiempos entra por mucho en ello. La mayor parte de los hombres de nuestra generacion no han tenido la dicha de recibir en su infancia una sólida enseñanza religiosa; y aun los que la recibieron no conservan á menudo de aquellas lecciones aprendidas en una edad en que las impresiones son tan fugaces, sino un vago é imperfecto recuerdo.

Mas tarde, entrados de lleno en la vida y conducidos por ese torrente de negocios ó de placeres que empuja hoy la existencia, no piensan siquiera que un sério exámen de la Religion deberia tambien ocupar su lugar en medio de tantas ocupaciones; no creen posible entre tantos intereses diversos robar un solo dia á sus innumerables tareas para concederlo á este importante estudio que, segun Pascal, es el negocio mas importante de la vida (1).

(1) No me es posible recomendar suficientemente á los hombres de mundo la atenta lectura del admirable capítulo de Pascal acerca de la necesidad de instruirse en la Religion. (*Pensées de PASCAL*, édit. de Dijon).

Otros, menos ocupados y mas superficiales y ligeros, se espantan á la sola idea de consagrar algunos breves instantes á tan grave estudio. Con la extraña idea que se han formado de la Religion creen que no podrian soportar ni la sequedad ni el fastidio de una obrita en que estuviesen compendiadas todas sus enseñanzas.

De todas maneras es una cosa verdaderamente extraña el ingenio que usan ciertas personas para defenderse contra la Religion por medio de pretextos y alegaciones las mas frívolas.

Los hombres que tienen la desgracia de estar separados de nosotros, cuentan á veces con una madre, con una esposa, ó con una hija cristiana; pero si la influencia de las virtudes que ven de cerca puede inspirarles respeto en favor de la Religion, esto no basta para hacérsela conocer.

Añadamos que las controversias religiosas que se agitan en nuestros tiempos son á menudo las mas á propósito para turbar los espíritus de los hombres de mundo sin ilustrarlos. ¡Cuántas exageraciones, cuántas ideas falsas é inexactas son puestas todos los dias en circulacion por medio de los diarios y de los folletos! ¿Cómo es posible ver claro entre tanta diversidad de pareceres, sobre todo cuando uno no está instruido en los elementos de la religion católica?

El hecho es, que se encuentra hoy una multitud de hombres muy inteligentes y muy ilustrados sobre otras materias, pero que no lo son ni poco ni mucho en materia de religion; y uno no puede menos de asombrarse de las ideas incompletas, de las teorías erró-

neas, digámoslo con su verdadero nombre, de las ignorancias que reinan en el mundo sobre un punto tan capital.

Se carece muchas veces hasta de las primeras nociones de las cosas mas ordinarias y mas triviales; se tienen de nuestros dogmas fundamentales las ideas mas extravagantes; se llegan á atribuir de buena fe á la Iglesia rarezas y hasta absurdos, que ni de cerca ni de léjos tienen absolutamente nada que ver con nuestros principios. Podria referir acerca del particular experiencias verdaderamente curiosas.

Sobre las cuestiones de fe, las mas sencillas, las mas elementales, ¡cuántos hombres de mundo, por otra parte muy inteligentes, se verian muy embarazados si se les pidiera una contestacion precisa!

—¿Qué es un Sacramento? ¿qué es la gracia? ¿qué es un misterio? ¿qué es la fe? ¿qué es la esperanza cristiana? ¿qué es el sacrificio? ¿qué es la Iglesia? ¿qué es el pecado original, y hasta qué es Jesucristo? ¿qué es la Encarnacion y la Redencion, etc.?

Lo repito, ¡cuántos hombres, por otra parte muy instruidos, que en el fondo no saben nada de eso, ó mezclan á lo poco que ellos saben las ideas mas peregrinas y mas distantes de nuestra fe! Á tal punto llega esta ignorancia, que he visto á menudo ciertas personas que tenian por grandes montañas algunas dificultades frívolas, á las que he tenido que contestar: «Esto que os detiene es nada; nosotros no creemos una palabra de esto: hé aquí sencillamente lo que la fe enseña acerca del particular.»

Tal es, á decir verdad, para un número considera-

ble de hombres su situacion de espíritu: ignoran la Religion. Se nos dice: «El tiempo nos falta, nos absorben los negocios, la vida nos devora. ¡Estudiar la «Religion! pero ¿y dónde? ¡Los tomos en fólío, los «apologistas, los santos Padres, la Biblia... nosotros «no tenemos tiempo para leer todo esto! Instruirnos «sobre las grandes cuestiones religiosas es cabalmente lo que nosotros queremos; pero dadnos un medio «fácil. Tened compasion de nuestra vida tal como está «hecha, y no nos pidais imposibles. Dadnos un libro «corto, sustancial; algunas páginas sencillas y luminosas que nos ahorren tiempo y trabajo, que nos «digan de una manera limpia, precisa y completa, si «es posible, lo que vos creéis y lo que es necesario «creer. Sepamos así lo que es la verdadera religion y «el símbolo cristiano, y nosotros os lo agradeceremos. «Si hoy no tenemos todavía valor de practicar el Cristianismo, quizá lo tengamos mas tarde, ó cuando no, «sabrémos exactamente en lo que consiste la Religion.»

¡Cuántas veces he oido este grito de las almas! Sí, este *grito de las almas*, porque de allí, de este fondo sagrado es de donde proceden tales acentos. ¡Y hé aquí por qué yo me he conmovido! ¡Cuántos hombres vueltos á Dios, ó solicitados para volver á Él, ó deseosos de conocer al menos esta Religion que no tenian la dicha de practicar, me han pedido con emocion una obrita de esta especie!

He conocido algunos que leian en secreto el Catecismo de sus hijos, y se alegraban de que la proximidad de su primera comunión hiciese entrar este libri-

to en sus casas. Recuerdo uno que se hacía un deber y hasta experimentaba un placer extremo en hacer recitar cada semana la lección del Catecismo á su hijo de once años (1). Aquel pobre padre no había comulgado nunca; Dios bendijo su buen celo por la instrucción de su tierno niño, pues yo tuve la satisfacción de administrarles á los dos la primera comunión en un mismo día y en un mismo altar.— El sentimiento paternal es ciertamente uno de los recursos más poderosos de la bondad del cielo para conducir á la fe á los corazones extraviados por las calamidades de la época.

Por esta y por muchas otras vías penetra la gracia de Dios en el fondo de las almas y se apodera de ellas. ¡Cuántos hombres se ven cada día á quienes un acontecimiento imprevisto, una gran desgracia, ó una grande luz llega á remover hasta el fondo de su corazón, y á quienes un golpe secreto y soberano les convierte! Todo ha sido desarraigado en su vida por esta conmoción saludable; todo ha sido roto en el fondo de su alma; todos los funestos lazos se han desatado. Uno de ellos me decía en cierta ocasión: «No temáis mis pasiones; he sido herido por el rayo: no me queda una sola gota de sangre en las venas.» Este hombre se engañaba; sangre le quedaba todavía; pero, este y otros comprenden de una vez que Dios lo es todo, y que es necesario servirle; se persuaden de que el Cristianismo es divino, y de que solo en él

(1) Sabido es que Diderot hacía recitar el Catecismo á su hija, y que á uno de sus amigos de impiedad, que lo extrañaba, le dijo: «¿Dónde encontraremos una cosa mejor?»

se encuentra un consuelo á las desgracias y un remedio á las pasiones. Treinta y cinco años hace, no lo olvidaré nunca, que yo oí exclamar sobre el lecho de muerte de una esposa querida y cristiana: «¡Oh! ahora yo siento, yo creo todo lo que ella ha creído; yo amo todo lo que ella ha amado. No es posible que un alma como la suya, que unas virtudes como las suyas no tengan por base la verdad. Yo lo sentía así, pero no me atrevía á declararlo.» ¡Ah! la bondad divina es adorable en sus pensamientos y en sus caminos, y compadezco de corazón á los que no saben ni comprenderla ni bendecirla.

La verdad es que en un país cristiano las almas están siempre más cerca de la luz de lo que ellas se figuran. Viene, en efecto, no sé qué circunstancia decisiva, desde un punto del horizonte desconocido, y estos hombres vuelven á entrar en sí; creen, invocan la bondad de Dios, aun más, surge en ellos la idea de comulgar, buscan en la comunión el consuelo, el socorro de que necesitan; pero no conocen la Eucaristía, y temen comulgar mal. La confesión la conocen algo más, pero el tribunal de la Penitencia les espanta. Este temor acaba por desvanecerse; están dispuestos á todo, no les cuesta mucho correr á los pies de un confesor: su conciencia les dice que allí encontrarán la paz, el consuelo, la luz, la fuerza y la vida. Pero antes de admitirles á la mesa santa es menester que sepan lo que van á hacer; para ello se hace indispensable el instruirles. ¿Cómo lograrlo? ¿qué libro vamos á darles que en poco tiempo y con poco trabajo se lo diga todo?

Antes de venir á Orleans, cuando yo estaba consagrado al grande y extraordinario ministerio de las almas en París, mi santo amigo el P. Ravnigan y yo sentimos mas de una vez la necesidad de un tal libro, y hasta ensayamos el hacerlo. Guardo todavía algunas notas de las que entonces tomé á este fin. El proyecto no pudo realizarse. La revolucion de 1848 vino á oponernos una barrera; pero me quedaba siempre el deseo, guardado en el fondo de mi corazón. Después de transcurridos muchos años; después de bastante estudio y bastante trabajo,— porque yo no sé que ninguna de mis obras me haya costado tanto tiempo, tanto cuidado y tantas consultas como este librito— pude al fin escribir esta exposicion, corta y sencilla, pero precisa, y á mi parecer suficientemente completa de nuestro símbolo. La he hecho para la juventud cristiana de mi diócesis, pero á medida que la redactaba y al volverla á leer después de terminada me apercibí de que habia venido á ser el trabajo que habia meditado en la época á que me he referido, y concebí el publicar una edicion para los hombres de mundo.

La forma de este libro no debíamos buscarla; existia ya esta forma, que consiste, como dice Fenelon: «En conducir dulcemente los hombres á la verdad, haciéndoles encontrar como en sí mismos, por medio de simples preguntas, lo que no podria enseñárseles por lecciones directas, áridas, largas y «fatigosas (1):» forma atractiva, en efecto, que despierta la curiosidad y la atencion por el placer de

(1) Instruction pastorale en forme de Dialogues.

encontrar una cuestion que nosotros mismos habíamos planteado, y por la sorpresa y la alegría de tener desde luego una sencilla respuesta á lo que nosotros no habíamos podido resolver.

Debo añadir que este libro ya existia: seguramente la Iglesia no se habria hecho esperar hasta hoy para hacerlo; pero preciso es convenir en que para un gran número era lo mismo que si no existiese. Salvas algunas excepciones, ¿quién se tomaba la pena de leerlo? Se creia exclusivamente hecho para los niños, y fuerza es conceder que la forma material de las ediciones se prestaba á esta suposicion. Es tal el poder de la preocupacion, que un resúmen de la fe cristiana, que á los ojos de un hombre de mundo no fuese otra cosa que este librito llamado Catecismo, corria riesgo de ser rechazado sin examinarlo siquiera.

No obstante, se encuentran hombres mas graves que estudian mas de cerca el fondo de las cosas, y tienen sobre este particular ideas muy diferentes de las del vulgo.

«Existe, escribia Mr. Jouffroy, entre las obras filosóficas un librito que se hace aprender á los niños, y sobre el cual se les pregunta en la iglesia; «leed este librito, que es el Catecismo: encontraréis en él resueltas todas las cuestiones, todas sin excepcion. Preguntad al cristiano de dónde viene la especie humana, él lo sabe; á dónde va, él lo sabe; cómo va, él lo sabe. Preguntad á ese pobre niño «por qué está acá abajo, y qué vendrá á ser des-

«pues de su muerte, y os dará una contestacion su-
«blime.»

No es posible pensar ni hablar mejor acerca de este admirable libro.

Juzguen por sí mismos mis lectores; hé aquí dos ó tres de estas respuestas:

«¿Quién os ha criado y puesto en el mundo?

«Dios.

«¿Por qué Dios os ha criado y puesto en el mundo?

«Para conocerle, amarle, servirle y merecer de este modo la vida eterna.»

Prosigamos:

«¿Quién es Dios?

«Dios es un espíritu puro, eterno, independiente, inmutable, infinito, que está en todas partes, que todo lo ve, que todo lo puede, que ha criado todas las cosas y las gobierna todas.

«¿Qué es el alma?

«El alma es un espíritu libre é inmortal, hecho á imágen y semejanza de Dios, y que es capaz de conocimiento y de amor.»

Así es como sobre todas las grandes cuestiones que respectan á Dios, al hombre y al mundo; el Catecismo da respuestas claras, precisas, categóricas, que no pueden menos de admirar á los filósofos; y Mr. Jouffroy tenia mucha razon al añadir:

«Origen del mundo, origen de la especie, cuestion de raza, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre

«con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creacion, el niño cristiano no ignora nada; y cuando será hombre no vacilará acerca del derecho natural, acerca del derecho político, acerca del derecho de gentes; todo esto sabe, todo esto fluye del Cristianismo como de su propio manantial. Hé aquí lo que yo llamo una gran religion; la conozco por este distintivo: *Ella no deja sin respuesta ninguna de las preguntas que interesan á la humanidad* (1).»

Uno de nuestros contemporáneos, cuyo elevado talento me complazco en reconocer, Mr. Julio Simon, se expresaba, á su vez, sobre el Catecismo, con estas notables palabras: «Encuentro en la Religion un carácter que me arrebató, y es que une la metafísica mas profunda á la mas perfecta, y si puede decirse así á la sencillez mas eficaz. Seguramente el *Timeo* de Platon y el libro XII de la *Metafísica* de Aristóteles son trabajos maravillosos; pero no esperemos que salga de allí un símbolo que pueda hacerse recitar á los niños. Hasta ahora solo la religion cristiana ha tenido á la vez una *Suma* de santo Tomás y un *Catecismo* (2).»

Nada mas exacto que estas palabras. La religion cristiana es un conjunto de verdades dogmáticas y morales, tan admirable y tan armonioso, es un sistema tan perfectamente ordenado en todas sus partes, que se presta maravillosamente á un compendio metódico y completo. Sus dogmas y su moral dan incontestablemente sobre todas las grandes cues-

(1) Mr. JOUFFROY, *Mélanges philosophiques*, p. 424.

(2) *Liberté de conscience*, introd., p. 10 (2.ª edit.).

tiones que interesan á la humanidad las soluciones mas claras y elevadas que la humanidad posee; y el libro que presenta el resúmen de estas verdades, se encuentra que es en pocas páginas el resúmen de la doctrina mas sublime que jamás ha existido.

No existe, en efecto, ni jamás ha podido existir, fuera de la religion cristiana, una obra que, bajo un volúmen mas pequeño, encierre mayor número de verdades sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo presente, sobre la vida futura, con un órden mas seguro y con fórmulas mas sencillas y precisas; un libro que forme un todo mas sustancial y un cuerpo de doctrina mas acabado y mas completo: el Catecismo es un resúmen de toda la sabiduría divina y humana.

Es un error creer que porque este libro está en manos de la primera edad no ha de ser bueno sino para los niños. La verdad es que el Catecismo, mas que el libro de los niños, es el libro de los hombres; porque más que á los niños, á los hombres es á quien se dirige una cosa tan importante y tan difícil; una síntesis, un resúmen de doctrinas tan elevadas. Á los treinta ó cuarenta años, mas bien que á los diez ó á los doce, se está en situacion de comprender que allí, bajo una forma sintética y abreviada, se encuentran todas las verdades religiosas: el hombre, mejor que el niño, sabrá por medio de la reflexion sacar de estas breves explicaciones el jugo que ellas contienen, y, si es necesario, sabrá tambien formular sus incertidumbres y hasta sus contradicciones.

Es una gran desgracia para los hombres el no es-

tudiar el Catecismo cristiano sino en la niñez, y no volver á leerlo cuando, aleccionados ya por la edad, se hallarian en mejor situacion para aprenderlo y admirarlo.

De mí sé decir, que he visto mucho; que he leído, estudiado y reflexionado mucho, y que en ninguna parte encuentro lo que encuentro en este librito: la teología mas elevada no me da en el fondo nada de mas firme, de mas sustancial, de mas luminoso sobre las mas grandes cuestiones que ciertas respuestas del Catecismo, las cuales permanecen para siempre en mi espíritu, como el rayo de luz que disipa todas las tinieblas y coloca las verdades en su pleno día.

Cuando yo aconsejé en otra parte á los hombres de mundo que leyesen á Pascal, por ejemplo (*los Pensamientos*), Bossuet (*segunda parte del discurso sobre la Historia universal*), Fenelon (*el Cristianismo presentado á los hombres de mundo*), hice menos para ellos de lo que hago aquí; entonces no les ofrecí nada tan necesario, tan completo y tan seguro como el Catecismo cristiano, porque lo que les doy, al darles el Catecismo, son casi las mismas fórmulas de la Iglesia, de los concilios, del Catecismo del concilio de Trento; es decir, lo mas auténtico y autorizado que existe.

He dicho que en este pequeño número de páginas se encierran *todos los tesoros de la prudencia y de la ciencia de Dios*. Y así es, porque el Catecismo cristiano es el mismo Evangelio abreviado, resumido metódicamente y puesto al alcance de las inteligencias

mas humildes, como de las mas elevadas; es un compendio de la teología católica, en el cual se encuentran expuestas con sencillez, brevedad y claridad todas las verdades de la fe cristiana.

Aquí está lo que constituye las maravillas de esta enseñanza celestial, que es á la vez, como decia en otra ocasion san Pablo, el pan de los fuertes y la leche de los infantes. Los niños lo comprenden porque está á su alcance; es á la vez luz para sus inteligencias y fuego para sus corazones; mientras que al propio tiempo los hombres ya formados encuentran en él motivos inagotables para reflexionar y meditar seriamente (1): prueba manifiesta de que esta doctrina ha sido dada á la humanidad por el Padre co-

(1) Un hombre, mas que maduro, dotado de un talento raro y elevado, uno de los mas grandes corazones de este país, me escribia hace poco:

«En cuanto á lecturas piadosas empiezo por el *Catecismo*: sí, por el *Catecismo*, y por el que vos me habeis dado... Leo todos los días un capítulo que me procura siempre grandes consuelos. ¡Cuánta luz y cuánta grandeza en la Religión enseñada y definida del modo que vos lo haceis! ¡Cómo procurais alejar de vuestro libro todo lo que desconsuela y todo lo que hiere! «Si algun día haceis mi oracion fúnebre, consignad en ella que á los cincuenta y cuatro años bien cumplidos me puse á aprender de nuevo el *Catecismo*, y el que me servia de texto era el «de Orleans.»

Hace pocos dias un sacerdote de mi diócesis visitaba á un enfermo, hombre de mundo alejado desde mucho tiempo de toda práctica religiosa. Convaleciente ya, el enfermo se habia levantado. Sentado en un sillón, tenia en sus manos un librito cuya lectura parecia absorberle profundamente.—¿Qué estais leyendo? le dijo el sacerdote.—¡Ah señor! le respondió el enfermo, leo un libro como hay pocos: este libro me lo dice todo y me lo enseña todo. ¡Qué obra tan admirable! ¡Parece increíble que hayan podido incluirse tantas cosas en tan pocas páginas! y ¡qué cosas! todo lo que yo ignoraba y todo lo que mas me importaba saber. ¡Qué hermoso y qué claro es!... El buen hombre no cesaba de expresar su admiracion por este libro. ¿Cuál era esta rareza literaria? Nada mas que el *Catecismo*.

mun, por Aquel que hizo al hombre y que solo puede conocerle bien; doctrina que ha sido puesta en el mundo, como alimento de todos los espíritus, como pan sustancial y cotidiano de todas las almas.

Diré, pues, á todos los hombres de buena voluntad:

«¿Quereis de buena fe conocer las enseñanzas de la «Iglesia? aquí está todo. Toda la Religión, toda la «teología, todo el dogma, toda la moral, están en «este pequeño libro, en esta corta exposicion.

«Reunid todos los escritos mas profundos de todos los pensadores antiguos y modernos, buscad «todo lo que los genios mas eminentes han escrito «de mas elevado sobre la naturaleza de Dios, sobre «los destinos del hombre: todo lo teneis en este librito.

«En estas páginas encontraréis la mas grande síntesis doctrinal que existe: una síntesis que lo abraza todo, que responde á todo.

«Es el curso de filosofía y de metafísica mas profundo y mas sencillo á la vez que puede consultar «la sabiduría humana.

«Es además un código de deberes el mas perfecto «que se ha visto.

«Y esto sin disputas, sin controversias, sin una «vaga fraseología, sin vano alarde de saber;

«Claridad, brevedad, sencillez y lucidez; tal es este librito.»

Desde el primer día, el Cristianismo ha realizado el prodigio de reducir á una forma sencilla, elemental, popular las verdades mas altas y hacer de ellas

el alimento de los niños y de los hombres del pueblo, así como de los genios mas grandes y sublimes.

Esto es lo que Pedro enseñaba en Roma; Pablo en Atenas; san Agustin en Hipona; san Basilio en Cesarea, y la boca de oro de Oriente, san Crisóstomo, en Constantinopla.

Desde hace diez y ocho siglos la humanidad vive de estas ideas, de estas nociones, de estos sentimientos, de esta moral y de estas virtudes: todo esto el Cristianismo por medio del Catecismo cristiano lo ha hecho pasar, por decirlo así, á la sangre y á la sustancia de los pueblos.

¡Ah! todavía existen hoy personas que nos hacen guerra, que quisieran anonadar el Cristianismo y desterrar á la Iglesia de la sociedad humana. ¿Saben bien estas gentes lo que quieren? Si nosotros accediéramos á sus deseos, si nos retiráramos á la soledad, llevándonos nuestro Catecismo y con él todos los rayos de verdades cristianas, derramadas por este libro en la atmósfera que nos rodea, el mundo volvería á caer en la noche de la idolatría. Sí, suponed que el Cristianismo desaparece un momento; y que con él desaparecen el Evangelio y la cruz, ¿con qué lo reemplazais? Lo habeis visto ya... Un Robespierre proclamando en presencia del cadalso, en medio de los verdugos y de las víctimas, la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma, ó un La Reveillere-Lepaux, con su teofilantropía ridícula, objeto de chacota para el pueblo y para los niños.

Quitad á los niños y al pueblo el Catecismo, privad

á las generaciones venideras de este alimento intelectual y moral, de esta positiva y sólida enseñanza de la verdad y la virtud, y veréis lo que vendrá á ser nuestra generacion.

Ya sé que no estamos en tiempo de Robespierre ni de los teofilántropos; pero yo vuelvo á preguntar: ¿Con qué reemplazarian el Catecismo nuestros reformadores actuales, mas humanos, si se quiere, pero no mucho mas sensatos?

En vez de esta instruccion natural y verdadera, sustancial y sencilla, saturada de ideas y de principios prácticos, nosdarian algunas disertaciones huecas, frases vacías y sonoras, una moralidad vaga; pero nada de eficaz y de poderoso, nada de lo que se necesita para formar la educacion de un pueblo, educar su espíritu y contener sus pasiones.

¡Ah! ¡si un libro semejante hubiese caido en las manos de un Platon, de un Aristóteles, de un Ciceron... de aquellos hombres que sabian por experiencia cuán difícil es encontrar la verdad sobre Dios, y que declaraban imposible revelarla al pueblo!

Ante esta grande luz prodigiosamente levantada sobre ellos; ante este encadenamiento admirable y esta exposicion tan popular de las verdades mas altas y mas espléndidas, ¡qué admiracion, qué entusiasmo no habrian sentido aquellas grandes almas!

La verdad sencilla, desnuda, sin frases, sin mezcla, sin vacilaciones, sin disputas;

La verdad toda;

¡Una afirmacion llena de candor y de autoridad!

Aquellos hombres se habrian sentido arrebatados, y